

“RAYO” Y EL MALETÍN NEGRO

Deambulaba pausadamente por las calles de la ciudad, sin prisa, como rumiando una pena, su rutina era siempre la misma, después de dar algunas vueltas por las céntricas calles de la gran capital, luego se dirigía hasta la plaza, para sentarse en un banco que daba frente a la catedral. Desde allí, miraba el ir y venir de aquella marea humana. Su rostro curtido por los años, un mechón de pelo blanco caía suavemente sobre su frente. A través de sus lentes ópticos reflejaba unos ojos negros de mirada serena. Un ancho bigote terminaba por darle un aspecto intelectual y algo misterioso. Vestía chaqueta gris, raída por los años, boina negra, un pantalón de gabardina oscuro, aparentaba tener unos 65 años. Con su maletín negro, seguido de su fiel perro labrador, tan viejo como su maletín. Rayo se echaba a sus pies, dormía plácidamente, pero al menor movimiento, movía sus orejas, haciendo notar su presencia. Era su gran compañía, iba a disfrutar de la sombra de los frondosos árboles que adornaban la plazuela. Al caer la tarde, miraba el reloj de la catedral, siempre a la misma hora, se encaminaba a la hospedería, llegaba cuando todos se aprontaban para la cena.

-Se atrasó nuestro amigo, comentó uno de los allí presentes.

-Para mí que es un loco, el maletín tiene que estar con muchos billetes, por eso lo guarda junto al perrito, que ni durmiendo le quita el ojo de encima.

-De tanto estudiar se volvió loco, contestó una voz del otro extremo de la mesa, si no se acuerda ni de su nombre, a veces dice que se llama Juan Bernales, otras veces José Soto, ¡Vaya a saber uno cuál es su verdadero nombre!

-Algún día sabremos que misterio encierra ese famoso maletín negro y otras tantas verdades que hay en torno de este personaje; interviene el más joven del grupo, de gestos y movimientos de gato felino. A veces se jactaba de contar historias de su paso por los bajos fondos. De esa época conserva una gran cicatriz detrás de la oreja, que según él se la habían cortado.

-Pero si tienes las dos orejas donde mismo, le dijo cierto día un parroquiano.

¡No! Si me la cortaron...mejor dicho, casi...

-Entonces, tenías tres le contestaron casi al unísono varios de los presentes. Desde ese día lo apodaron "Tres Orejas"

Estaban en amena plática cuando le vieron llegar. Nadie hizo ningún comentario. Saludó cortesmente y se fue a su pieza, luego de unos minutos se sentó junto al grupo, fue a pedir su cena, le entregan dos bandejas, Rayo tenía asegurada su merienda, era uno más de la hospedería. Tomó el plato de su perro y se lo fue a dejar a su caseta, envuelve el maletín en una vieja frazada y lo deja junto a su perro. Todos conocían su rutina, pero nadie había logrado arrancarle una palabra de su solitaria existencia. Era querido y respetado por todos. Después de una breve plática, se van a sus respectivas piezas, la chimenea aún encendida, eran los primeros días de otoño, el frío había dejado atrás los últimos vestigios del verano.

AL otro día, como era su costumbre, después del desayuno, nuestro buen amigo se prepara para dar inicio a su rutina de siempre. Corría un vientecillo fresco, se sube la solapa de su chaqueta dirigiéndose a la caseta donde le aguarda su compañero de andanzas.

¡Vamos Rayo!... mi fiel amigo de tantos años. Llamó a su compañero de cuatro de cuatro patas. Era una fresca mañana de septiembre, corría un vientecillo helado, caminó como siempre, observando a los que pasaban por su lado, a tranco lento, nadie le esperaba, ni tenía apuro alguno por llegar a su destino.

¡Su destino! Más de una vez se hizo esa pregunta. ¿Cuál era su destino? Su rostro apacible, no denotaba ansiedad, se le veía siempre afable, sereno, ¿Qué oculto misterio guardaba dentro?

Era un día más que pesaba sobre sus hombros, pero solo él lo sabía, realizó la misma rutina, se sentó en el banco de siempre, a pocos pasos estaba el lustrabotas que le hizo un ademán de saludo y le facilitó el diario como era su costumbre. Se ajusta sus anteojos y comienza a hojearlo; esta vez se detuvo en las páginas centrales. Grandes titulares...

“Prestigioso abogado logra dejar tras las rejas al “Chacal de los Parronales”

Una plana entera para dar a conocer los detalles de aquél suceso que había estremecido hace algunos meses a la opinión pública. Estaba iniciando la lectura; de pronto, se escuchan gritos de auxilio, gente que corre hacia un costado de la plaza. Rayo comienza a ladrar inquieto. Eran los llamados de auxilios de algunos transeúntes que comenzaba a reunirse alrededor de una persona en apuros.

¡Una ambulancia se necesita con urgencia! ¡Llamen a un doctor! Eran los gritos que se escuchaban entre la muchedumbre.

Saltó de su asiento, abre el maletín con una rapidez inusitada, guarda el diario, Rayo a su lado sin perderle movimiento, se lava las manos en la fuente de agua que

estaba al centro de la plaza, se abre paso entre los transeúntes, se pone un delantal que extrae del maletín, en el suelo una joven parturienta a punto de dar a luz. Con mano segura y firme, no vaciló un instante en atenderla hasta que tuvo en sus manos a un robusto varoncito. Varios de los presentes se quitaron los chalecos para envolver a la criatura que dejó escapar un enérgico llanto que se fundió con los aplausos de la multitud. Depositó al recién nacido sobre el pecho de la madre, dejando al descubierto el nombre con letras rojas sobre el blanco delantal amarillento por los años. Muchos alcanzaron a leer la inscripción

Jerónimo Basualto Cienfuegos - Médico cirujano

Cubrió su nombre con la mano. No sabía si huir, esconderse, o agradecer las muestras de júbilo que estaba viviendo en aquél instante. Se acerca a la mujer para abrazarla, llegaba en esos momentos la ambulancia. Rápidamente se escabulle del lugar. Transpiraba helado. El reloj de la catedral tocó doce campanadas.

Sintió frío, el sol empezaba recién a entibiar. Decidió volver a la hospedería. Pasó directamente al patio, en una llave del jardín se lava sus manos aún ensangrentadas, se sentó en uno de los escaños de madera que había bajo un frondoso árbol, pasaron largos minutos, saca el diario que había dejado a medio leer, después de haber escrito en las hojas centrales, iluminado por la débil luz de un farol, lo guarda en el maletín, luego va a dejarlo junto a su perro que había ido a refugiarse en su caseta. Vuelve a sentarse en el mismo banco, la soledad y el silencio lo envolvieron hasta quedarse dormido. A media noche lo encontró el guardia. Al despertar, sintió el cuerpo pesado, temblaba, la fiebre lo consumía. Tuvieron que llevarlo al hospital.

Pasaron cuatro interminables días, Rayo no se movió de su caseta.

-Rayo, ¡Ven!, te llevaré hasta donde está tu amo, déjame llevarle el maletín. Pronto volverá a tu lado, te prometo que así lo haré.

Era la voz de Tres Orejas, que llamaba a Rayo, éste no salía de su escondite, apenas probaba bocado, permanecía mansamente acurrucado junto al maletín. Al cuarto día, por fin salió, siguió a Tres Orejas sin poner resistencia.

Al llegar al hospital, pregunta por Juan Bernaldes o por José Soto, en realidad no sabía con qué nombre lo habían ingresado.

- Es el vagabundo de la casa de acogida que trajeron hace cuatro días.

-Murió hoy en la mañana, fue la respuesta que le dieron.

Quedó helado. Un escalofrío recorrió su cuerpo. Le había tomado cariño. ¿Qué hacer con el maletín y su perro?

_Volveré a la casa de acogida, dijo, pensando en voz alta. ¡Vamos Rayo! Rayos no estaba por ninguna parte. Lo buscó por todos lados. Caminó con la esperanza de encontrarlo por el camino, pero no apareció. Cuantas veces quiso apropiarse del maletín, ahora lo tenía en sus manos, pero un temblor recorrió su cuerpo.

-Rayo, noble perro, presentiste la muerte de tu amo. Volvió a pensar en voz alta como era su costumbre. Se encaminó rápidamente a la hospedería. Entregó el maletín a los superiores. Por la noche, estando ya reunidos para servir la cena, se escuchó un toque de campana.

Amigos, hoy nos ha dejado el huésped más antiguo de esta hospedería, querido por todos. No era Juan Bernales, ni José Soto. Su viejo maletín nos reveló su verdadera identidad. Su nombre era Jerónimo Basualto Cienfuegos, prestigioso médico acusado de asesinato. No pudiendo comprobar su inocencia, estuvo diez años detenido. Hace seis años, un joven abogado toma su caso, y pudo por fin comprobar su inocencia, recuperando su ansiada libertad.

Al volver a lo que había sido su casa, solo eran ruinas, su mujer se había vuelto a casar, reside actualmente en el extranjero, hay una foto de su hijo, un muchacho abrazado a un cachorro, un perro labrador.

Hay un cuaderno donde relata lo sucedido en aquella época, recortes de diarios y un diario de hace cuatro días.

El silencio reinante era sobrecogedor. El Director continúa leyendo.

El diario de hace unos días habla sobre un caso policial de seguro, todos ustedes recuerden, se logró dar con el asesino, gracias al trabajo de un joven abogado llamado Roberto Basualto Villanueva. Al final del párrafo, amigos presentes, hay un comentario escrito de puño y letra de nuestro amigo y dice... "Hijo, siempre tuve la esperanza de encontrarte"

-Buscaré a ese hijo- se oyó una voz que resonó en el silencio reinante.

Era Tres Orejas que se había parado de su asiento, pasándose el dorso de la mano por los ojos.

-Rayo ya se reunió con su amo. Guarden el maletín hasta que encuentre a su nuevo dueño.